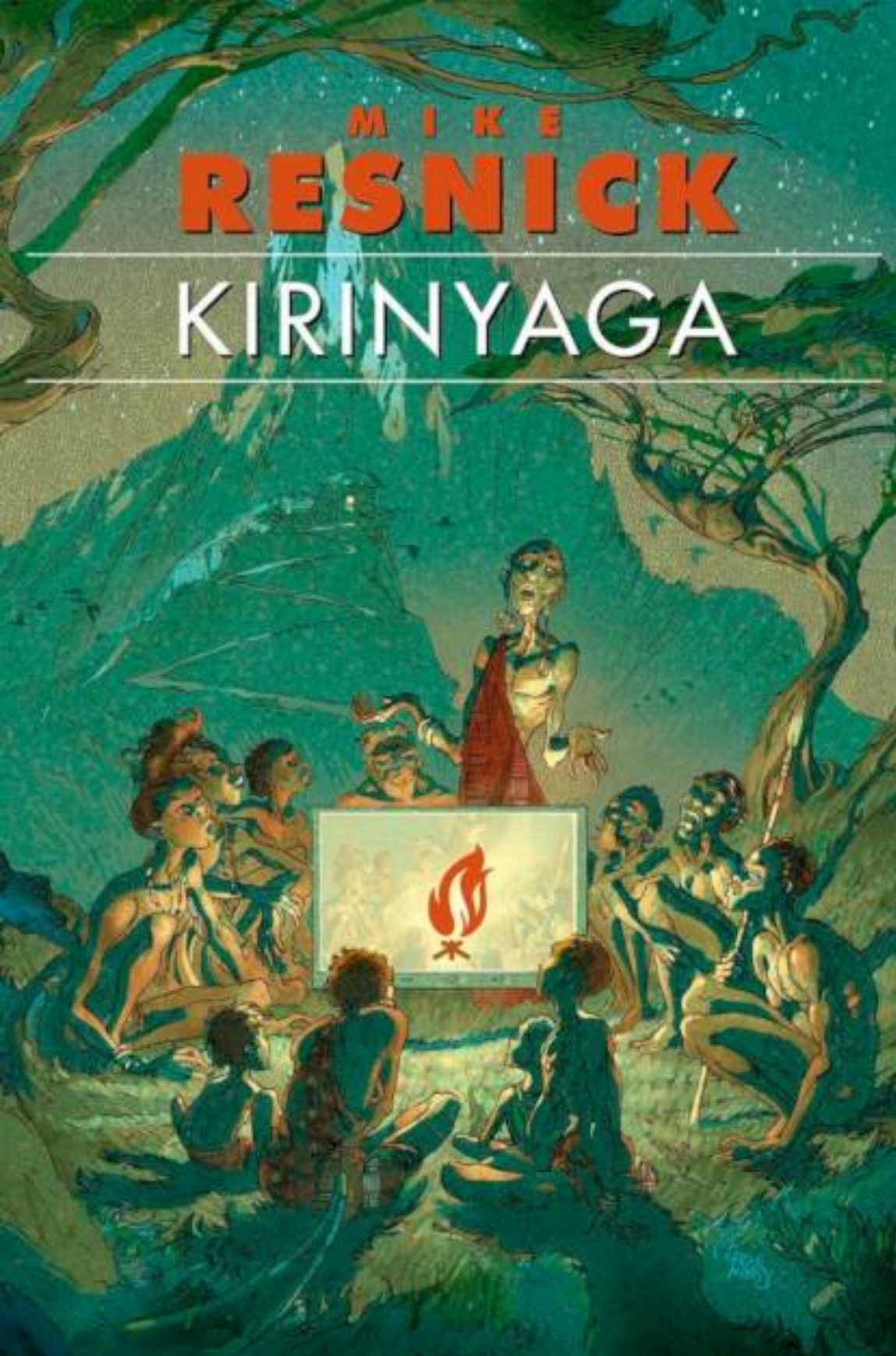


MIKE  
**RESNICK**

KIRINYAGA



Koriba es *mundumugu* y guardián de la colonización de Kirinyaga, un planeta bautizado en honor a la montaña sagrada de los kikuyus y que, bajo la supervisión del Consejo Eutópico, alberga la utopía con la que soñaban los más apegados a la cultura ancestral de la sabana: una sociedad que recuperase el estilo de vida kikuyu previo a la colonización europea. Con todas las consecuencias.

Esta recopilación, que se completa con la perspectiva masái en la novela corta «Kilimanjaro» y con un ensayo del autor, reelabora las fábulas de la tradición oral de la sabana en el marco analítico de la ciencia ficción. El contraste enfrenta al lector a sus prejuicios culturales y a una sucesión de dilemas para los que no existe salida fácil, y le muestra el precio de intentar controlar la historia.

## PRESENTACIÓN

Si mal no recuerdo, la primera obra que leí de Mike Resnick fue *Oracle*, que luego descubrí que era la segunda novela de una trilogía. Hubo dos cosas que me atraparon de aquella edición de bolsillo. Mejor dicho, la primera me llamó la atención: una portada troquelada que dejaba ver una segunda ilustración debajo de la primera, y la segunda me enganchó sin remedio: un prólogo de estilo épico que abría la puerta a una galaxia de aventuras muy parecida al Lejano Oeste, poblada de forajidos, cazarrecompensas, asesinos a sueldo y gente de dudosa calaña con nombres tan evocadores como The Iceman, The Forever Kid y muchos otros que, a instancias del Gobierno, iban en pos del ser más peligroso de la galaxia: una niña con poderes mutantes. Más adelante descubrí que, además de la trilogía, ese mundo era escenario de muchas otras obras del autor; *Santiago* es la más famosa. Con el tiempo me di cuenta de que en toda la obra de Resnick, incluso en la que solo está ambientada en este universo, hay unas historias más lúdicas (o «de tiros») y otras más alegóricas y ambiciosas. Y, finalmente, llegué al ciclo de Kirinyaga.

Pero antes, un inciso. Soy un lector perezoso y no suelo seguir exhaustivamente la obra de ningún autor, con muy contadas excepciones. Mike Resnick es claramente una de ellas, y creo que es el único con una obra extensa al que he seguido con cierta tenacidad, además de Isaac Asimov. En fechas recientes me han apuntado algunas similitudes

entre ambos escritores que tal vez sean la clave de por qué me convertí en un seguidor de los dos.

El parecido más obvio es el estilístico. A pesar de sus diferencias, ambos autores emplean un lenguaje claro y desprovisto de artificios. Del mismo modo, gran parte del peso de la trama recae en los diálogos. Pero donde los personajes de Asimov soltaban parrafadas larguísimas hasta quedarse sin aire, los diálogos de Resnick son un toma y daca chispeante, afilado y cargado de ironía, como los del cine negro de los años cincuenta. Ambos autores son muy cerebrales y puntillosos; los personajes de los dos son sobre todo vehículos para desarrollar la trama o, lo que es lo mismo, plantear conflictos. Ninguno es el tipo de autor que empieza a escribir con un plan hasta que los personajes «les piden» irse por otros derroteros. Por último, aunque ninguno de los dos destaque por sus caracterizaciones, ambos nos han dejado personajes memorables: si Asimov creó un personaje como Susan Calvin, Resnick ha creado a Koriba.

Asimov no creía en los villanos, y los antagonistas de sus historias nunca se veían a sí mismos como tales. Desde su punto de vista, sus actos siempre estaban justificados, y todo sacrificio era en aras de un bien mayor. Koriba es capaz de sentir empatía, compasión, dudas y arrepentimiento, pero, en último término, su sentido de la moral le impide hacer lo correcto. Al convertir en narrador de la historia a quien, en otras manos menos ambiciosas, sería el antagonista, Resnick nos permite adentrarnos en sus motivaciones, de tal manera que se establece un diálogo entre el lector y la obra. ¿Hasta qué punto comulgamos con sus premisas? Y si las aceptamos, aunque sea como experimento mental, ¿hasta dónde las llevaríamos? ¿Por qué establecer los límites en determinado punto y no un poco más allá?

El problema de Koriba es el de tantos líderes mesiánicos. No es la ambición personal ni el afán de fama o riqueza. Es el control. Koriba es un hombre con una visión utópi-

ca, y esta debe llevarse a término sin salirse un ápice del guion para que permanezca en estasis por los siglos de los siglos. Y esta inflexibilidad, la incapacidad para el compromiso, hace imposible que la utopía perdure más allá de un instante. La Kirinyaga que quiere Koriba es solo un parque temático, una Kenia que nunca existió excepto en sus propias fábulas.

Ese es otro de los pecados de Koriba. En su estilo de gobierno «con el pueblo pero sin el pueblo», en el que él se erige en voz indiscutible de la deidad y en el poseedor de la verdad absoluta, Koriba intenta evitar cualquier avance por temor a que contamine su paraíso de cartón piedra. Pero, a medida que se desarrollan las historias, descubrimos, en paralelo con su pueblo, que el paraíso que intenta mantener a toda costa en realidad nunca existió y, de hecho, se vale de toda una serie de herramientas que introdujeron en Kenia los denostados europeos. En realidad podría librarse de esos vestigios de colonización que le deberían resultar tan desagradables, pero no lo hace porque le resultan convenientes para mantener el control. Igual que la capacidad de manipular el clima a su antojo le resulta imprescindible para mantener el estatus de brujo poderoso, obviando que en la Kenia de antaño sus antecesores no poseían tal poder y, por lo tanto, no podían ejercer una influencia tan desproporcionada sobre su pueblo.

Koriba sueña con un día en el que muera el último de los colonos originales, ya que entonces solo el brujo hablará inglés y, por lo tanto, la colonia quedará irremediablemente desconectada del exterior y sumida en la ignorancia. Su meta es un mundo de niños en el que el brujo es el único adulto. Y ese adulto solo puede ser él. Así, el paraíso artificial, la Kenia de cuento, se desmorona cuando descubre que el aprendiz a quien ha elegido moldear para que lo suceda no es una copia de sí mismo. Como cualquier fanático, no tolera la menor discrepancia. Una nimia desviación del ideario es peor que cualquier enemigo externo; no está

permitido dar un paso atrás, ni para tomar impulso. Koriba se arroga el poder de Ngai, el dios de los kikuyus. En su mente inflexible no puede ser de otra manera. Su camino es la voluntad de Dios. Cuando, finalmente, el sueño salta por los aires, lejos de admitir su equivocación, llega a la conclusión de que él es el último kikuyu verdadero.

La tragedia es, pues, doble, ya que supone el fin tanto de Koriba como de su utopía. Koriba tiene un sueño, lucha toda su vida por alcanzarlo y, una vez lo consigue, este hombre inteligente y que ama a su pueblo es engullido por su sueño y se vuelve incapaz de ver más allá del dogma que predica. Si la realidad le da la espalda, es la realidad la que se equivoca. También nos queda la sensación de que la utopía habría sido viable si, en lugar de emplear su astucia y conocimientos para oponerse frontalmente al cambio, se hubiese servido de ellos para discernir qué cambios se habrían podido introducir manteniendo la esencia de su pueblo, al tiempo que lo preparaba para evitar caer en errores del pasado.

Lo que nos lleva al propio concepto de utopía. ¿Qué es exactamente? ¿Es siquiera posible? ¿Cuál es la delgada línea que separa la utopía de la distopía? ¿Puede la utopía de uno ser la distopía de su vecino? ¿La utopía de ayer puede ser la distopía de hoy? El final de *Kirinyaga* nos da unas pistas (que no respuestas) sobre lo que opina el autor.

Como complemento al ciclo de las historias de *Kirinyaga* se incluye otra obra ambientada en el mismo universo, escrita unos años después. La inclusión obedece por una parte a cierto afán de completismo, ya que *Kilimanjaro* es una novela corta que difícilmente habría visto la luz en nuestro país de otra manera. Considérenla un extra. A decir verdad, es una obra menor si la comparamos con *Kirinyaga*, aunque no carece de virtudes. Entre ellas, la de responder algunas preguntas que planteaba la primera y servirle de contrapunto, que no es poca cosa. En esta ocasión, los masáis emprenden la misma aventura que los kikuyus. Pero

cuentan con una ventaja: conocen la historia de sus predecesores y, por lo tanto, son capaces de evitar los mismos errores. A cambio, cometerán errores totalmente nuevos.

Por último, hemos incluido un pequeño ensayo en el que el autor respondía a algunas polémicas que propició la publicación original del ciclo de relatos. Hay quien se empeña en identificar las opiniones de los autores con las de sus personajes y, si se confunde al autor con el personaje de Koriba, es fácil sentirse alarmado por sus decisiones. En cualquier caso, el lector podrá poner a prueba hasta qué punto es capaz de tomar partido por la intolerancia.

RAMÓN PEÑA

Dedico esta, mi mejor obra, a Carol, mi mejor  
amiga.



# KIRINYAGA

Fábula de una utopía

## PRÓLOGO

### Una mañana perfecta, con chacales

19 de abril del 2123

Ngai es el creador de todas las cosas. Creó a los leones y a los elefantes; la vasta sabana y las majestuosas montañas; a los kikuyus, los masáis y los kambas.

Por ello era lógico que el padre de mi padre y el padre de su padre creyesen que Ngai era todopoderoso. Pero llegaron los europeos y mataron a todos los animales y llenaron la sabana de fábricas, y las montañas, de ciudades, y asimilaron a los masáis y a los kambas, hasta que un día lo único que quedó de la creación de Ngai fueron los kikuyus.

Y, precisamente entre los kikuyus, Ngai libró su batalla final contra el dios de los europeos.

El que una vez fue hijo mío agachó la cabeza para entrar en mi choza.

—*Jambo*, padre —dijo. Como de costumbre, era evidente que se sentía incómodo en los confines estrechos de las paredes circulares.

—*Jambo*, Edward —respondí.

Estaba plantado delante de mí sin saber muy bien qué hacer con las manos. Al final se las metió en los bolsillos del elegante traje de seda hecho a medida.

—He venido a llevarte al espaciopuerto —anunció finalmente.

—Es la hora. —Asentí y me puse en pie, despacio.

—¿Y el equipaje?

—Lo llevo puesto —respondí, señalándome el *kikoi* rojo oscuro.

—¿No coges nada más? —Parecía sorprendido.

—No quiero llevarme nada más.

Se quedó callado unos instantes y cambió de postura, incómodo, como solía hacer en mi presencia.

—¿Salimos? —propuso al fin, dirigiéndose a la puerta de la choza—. Aquí dentro hace mucho calor y las moscas son insoportables.

—Tienes que aprender a no hacerles caso.

—No me hace falta —respondió, casi a la defensiva—. Donde vivo no hay moscas.

—Lo sé. Las han matado a todas.

—Lo dices como si fuera un pecado y no una bendición.

Me encogí de hombros y lo seguí al exterior, donde dos de mis gallinas picoteaban con diligencia la tierra roja y seca.

—Hace una mañana preciosa, ¿verdad? —comentó—. Tenía miedo de que hiciera tanto calor como ayer.

Lancé una mirada a la vasta sabana, convertida en tierra de cultivo. El trigo y el maíz brillaban bajo el sol matutino.

—Hace una mañana perfecta —reconocí. Me giré y vi un vehículo espléndido aparcado a unos treinta metros, blanco y estilizado, con un cromado resplandeciente. Lo señalé—. ¿Es nuevo?

—Me lo compré la semana pasada —explicó, asintiendo con orgullo.

—¿Alemán?

—Inglés.

—Cómo no.

El orgullo desapareció de su rostro, y volvió a cambiar de postura.

—¿Estás listo? —preguntó.

—Hace mucho tiempo que lo estoy.

Abrí la puerta y me senté en el asiento del acompañante.

—Nunca te había visto hacer eso —observó; luego se sentó y arrancó.

—¿El qué?

—Ponerte el cinturón de seguridad.

—Nunca he tenido tantas razones para no morir en un accidente de tráfico.

Forzó una sonrisa. El coche se alejó y miré mi *boma* por última vez.

—Tengo una sorpresa para ti —anunció.

—¿Sí?

—La veremos de camino al espaciopuerto.

—¿Qué es? —pregunté.

—Si te lo dijera, no sería una sorpresa.

Me encogí de hombros y permanecí en silencio.

—Tendré que desviarme para enseñártelo —continuó—. Así podrás echarle un último vistazo a tu país.

—Este no es mi país.

—No irás a empezar otra vez con eso, ¿no?

—Mi país está lleno de vida —repose, tajante—. A este país lo han asfixiado con acero y hormigón, y lo han cubierto de cultivos europeos.

—Padre —dijo en tono cansado mientras pasábamos junto a un enorme trigal—, el último elefante y el último león ya habían muerto antes de que nacieras. Jamás has visto Kenia llena de vida salvaje.

—Sí que la he visto —respondí.

—¿Cuándo?

—Aquí dentro. —Me señalé la cabeza.

—No tiene ningún sentido —replicó. Era obvio que estaba intentando dominarse.

—¿El qué?

—Que le des la espalda a Kenia para irte a vivir a un planetaide terraformado solo para poder ver un puñado de animales pastando cuando te despiertes.

—Yo no le he dado la espalda a Kenia, Edward —contesté con paciencia—. Es Kenia la que nos ha dado la espalda.

—Eso no es verdad en absoluto. El presidente y casi todo su gabinete son kikuyus. Lo sabes perfectamente.

—Se hacen llamar kikuyus, pero eso no los convierte en kikuyus.

—¡Claro que son kikuyus! —insistió.

—Los kikuyus no viven en ciudades construidas por europeos —repliqué—. No se visten como los europeos. No adoran al dios de los europeos. Y no conducen máquinas europeas —añadí en tono acusador—. Tu querido presidente sigue siendo un *kehee*, un muchacho que no ha pasado por el ritual de circuncisión.

—Para ser un muchacho, tiene cincuenta y siete años.

—La edad es lo de menos.

—Pues fíjate en sus logros. Es el responsable del trasvase de Turkana, que ha llevado agua de riego a todo el distrito de la Frontera Norte.

—Es un *kehee* que lleva agua a los turkanas, los rendilles y los samburus —le concedí—. ¿Qué les importa eso a los kikuyus?

—¿Por qué insistes en hablar como un salvaje viejo e ignorante? —espetó—. Estudiaste en Europa y en los Estados Unidos. Sabes perfectamente qué ha conseguido nuestro presidente.

—Si hablo así es porque estudié en Europa y en los Estados Unidos. He visto cómo Nairobi se convertía en una nueva Londres, con toda su congestión y contaminación; y Mombasa, en otra Miami, con los mismos peligros y enfermedades que allá. He visto cómo nuestro pueblo olvida qué significa ser kikuyu y el orgullo con el que dicen ser kenianos, como si Kenia fuera algo más que unas rayas pintadas al azar en un mapa europeo.

—Esas rayas tienen casi tres siglos —señaló.

—Nunca me has comprendido, Edward —declaré con un suspiro.

—Esto de la comprensión funciona en las dos direcciones —replicó con amargura repentina—. ¿Cuándo te has

esforzado tú en comprenderme?

—Yo te crie.

—Pero sigues sin conocerme —insistió, mientras conducía a velocidad peligrosa por una carretera llena de baches—. ¿Alguna vez hemos conversado como padre e hijo? ¿Has hablado conmigo de algo que no sean los kikuyus? —Hizo una pausa—. Fui el único kikuyu que jugó en la selección nacional de baloncesto, pero nunca fuiste a verme jugar.

—Es un juego europeo.

—Estadounidense, para ser exactos.

—Son la misma cosa. —Me encogí de hombros.

—Y ahora también es un juego africano. Jugué en el único equipo keniano que logró derrotar a los estadounidenses. Esperaba que te sintieras orgulloso de mí, pero no lo has mencionado ni una sola vez.

—Oí muchas historias de un tal Edward Kimante que jugaba al baloncesto contra los europeos y los estadounidenses, pero sabía que no podía ser mi hijo, ya que yo le di el nombre de Koriba.

—Y mi madre me dio el segundo nombre de Edward. Dado que ella hablaba conmigo y compartía mis penas, y tú no, escogí el nombre que me dio ella.

—Estás en tu derecho.

—¡Y qué me importan mis derechos! —Se quedó callado unos instantes—. No tenía por qué ser así.

—Me mantuve firme en mis convicciones —expliqué—. Fuiste tú quien quiso convertirse en keniano y no en kikuyu.

—Soy keniano —afirmó—. Vivo aquí, trabajo aquí y amo mi país. Todo mi país, no solo un pedacito.

—No puede negarse que eres hijo de tu madre. —Suspiré profundamente.

—No has preguntado por ella —observó.

—Si no se encontrara bien, me lo habrías dicho.

—¿Es todo lo que tienes que decir de la mujer con la que viviste durante diecisiete años?

—Fue ella quien se fue a vivir a la ciudad de los europeos, no yo —repliqué.

—Nakuru no es una ciudad europea. —Soltó una risa forzada—. Tiene dos millones de kenianos; los blancos no llegan a veinte mil.

—Cualquier ciudad es europea por definición. Los kikuyus no viven en ciudades.

—Mira a tu alrededor —dijo, exasperado—. Más del noventa y cinco por ciento vive en ciudades.

—Entonces ya no son kikuyus —repuse sosegadamente.

Apretó el volante con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron gris ceniza.

—No quiero discutir contigo —concluyó, haciendo un esfuerzo por contener sus emociones—. Parece que ya es lo único que sabemos hacer. Eres mi padre y, a pesar de todo lo que ha pasado, te quiero... Y tenía la esperanza de hacer las paces contigo hoy, ya que no volveremos a vernos nunca más.

—No tengo inconveniente alguno. No me gusta discutir.

—Para no gustarte, te has pasado doce años discutiendo para que el gobierno fundara este nuevo mundo tuyo.

—No me ha gustado discutir, solo los resultados.

—¿Ya han decidido cómo llamarlo?

—Kirinyaga.

—¿Kirinyaga? —repitió, sorprendido, y yo asentí.

—¿No está sentado Ngai en su trono dorado de la cima del Kirinyaga? —dije.

—En la cima del monte Kenia no hay más que una ciudad.

—¿Ves? —dije con una sonrisa—. Los europeos han corrompido hasta el nombre de la montaña sagrada. Ya es hora de que le demos a Ngai una Kirinyaga nueva desde la que gobernar el universo.

—Tal vez sea adecuado, al fin y al cabo. Apenas queda sitio para Ngai en la Kenia de hoy.